

## CHILE Y BRASIL: INTERESES CONJUNTOS EN EL PACIFICO\*

*Amaury Porto de Oliveira*

Tomando como hipótesis de trabajo la teoría de los ciclos de Kondratiev, el autor establece que el modelo de la Tercera Revolución Industrial, resultará sólo de los esfuerzos comunes. Rechaza, de esta manera, la inevitabilidad de lo que llama megabloques comerciales que están actualmente teniendo lugar —Europa, norteamérica y el Pacífico—, los cuales deben verse en su opinión no en competencia sino como laboratorios de experimentación tecnológica y social.

De ahí la importancia de la región Asia-Pacífico; sin embargo los países latinoamericanos no están contemplados en este futuro polo de desarrollo. Se hacen evidentes, entonces, los intereses conjuntos entre Chile y Brasil al tratar de revertir esta situación. Por otro lado el dinamismo de la región constituye un ejemplo para ellos y se refiere a la evolución de Japón, los NICs y los miembros de ASEAN.

Concluye que debe implementarse un modelo de economía mundial multilateralista no competitivo y, que en este momento de transformación paradigmática de la economía mundial, ambas naciones tienen una excelente oportunidad para insertarse bien.

Es una audacia que un brasilero hable del Pacífico; para los chilenos, el gran océano es la casa ancestral y baña toda la historia de la nación. Para los brasileros, el Pacífico ha sido poco más que una designación geográfica. No obstante, el hecho es que Chile y Brasil comienzan a tener intereses conjuntos en el Pacífico.

Está de moda decir que el centro neurálgico del mundo se está desplazando del Atlántico hacia el Pacífico o que el próximo siglo será el Siglo del Pacífico. No se necesita explicar el por qué de tales afirmaciones, ni tampoco recordar que ellas se refieren básicamente a la Cuenca del Pacífico Norte. Es un hecho melancólico, pero no por eso menos real, que los bordes latinoamericanos, aun cuando

---

\* Conferencia presentada por el autor en el seminario "Relaciones Chile-Brasil en la década de los noventa", organizado por el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y que tuvo lugar en Santiago, en el mes de agosto de 1991.

estén situados al Norte del Ecuador, no están en la mente de los que proclaman la nueva era del Pacífico.

De la necesidad de comenzar a corregir tal situación es que se ven surgir áreas de trabajo común para Chile y Brasil.

En un mundo de economías crecientemente interdependientes que será el de los años 90, el hecho de estar Brasil orientado hacia el Atlántico deja de ser decisivo para la determinación de los reales intereses del país. En el marco de un tipo de relaciones internacionales en que el elemento dinamizador se habrá transferido de la esfera político-militar —con un énfasis en la localización geográfica— hacia el terreno del desarrollo económico y social, estos intereses vendrán a estar cada vez más en función de opciones económicas y de graduación tecnológica.

En la organización de la economía mundial, hoy se habla mucho de megabloques comerciales. Tres de ellos son mencionados como desarrollos que aún no han sido llevados a cabo: la Europa unificada de después de 1992; el área de libre comercio de Estados Unidos-Canadá-México en América del Norte; y el megabloque del Pacífico. Este último es postulado en un impulso por así decirlo de simetría, producto de la elaboración de la mente humana, puesto que los hechos identificables en la Cuenca del Pacífico Norte no corroboran la idea de que allí esté en formación una alianza comercial discriminatoria de terceros.

Una de las premisas de mi trabajo es la no aceptación de la inevitabilidad de los megabloques comerciales. Es cierto que los mecanismos multilaterales y no discriminatorios proporcionados por Estados Unidos victorioso en el período post Segunda Guerra Mundial, para la inserción de emergentes industrializaciones o reindustrializaciones en el mercado mundial, están amenazados de desmoronarse. En buena parte como consecuencia de las dificultades que, cincuenta años más tarde, enfrenta Estados Unidos tratando de impedir su relativa pérdida de competitividad internacional. Pero no hay que cruzarse de brazos y esperar que se concrete la amenaza de los megabloques. Ellos serán desarrollos funestos para países como Chile y Brasil, que se enfrentarán en los años 90 con el desafío de insertarse positivamente en el siglo XXI. Esto no se conseguirá solamente con la apertura de las economías chilena y brasilera al exterior. Es indispensable que no nos encontremos con un ambiente externo no cooperativo.

Ensayaré, entonces, otra forma de abordar los problemas con que nos estamos confrontando en los inicios de los años 90. Recurriré a la teoría de los ciclos largos del desarrollo de las economías industrializadas, teoría que muestra esas economías entrelazadas, desde los años 70, en el fondo de la llamada cuarta onda-larga de Kondratiev.

No es mi intención hacer aquí la defensa de la teoría de los ciclos largos. Yo la tomo como hipótesis de trabajo, que ayuda a organizar de forma convincente los hechos que se observan. Examinada por el prisma de esa teoría, la edad industrial se desdobra desde el final del siglo XVIII en cuatro ciclos largos; los dos primeros correspondiendo a la Primera Revolución Industrial, modelada y dominada por Inglaterra, y los dos últimos cubriendo la Segunda Revolución Industrial, modelada y dominada por Estados Unidos. Cada ciclo largo comprende un medio ciclo de expansión económica seguido de otro medio ciclo de decadencia. Es notable verificar cómo los medio ciclos se han sucedido a lo largo de los doscientos años de la edad industrial, a intervalos que oscilan entre 25 y 30 años.

En los comienzos de los años 70, por ejemplo, llegó abruptamente a fin la fase de excepcional expansión de las economías industrializadas iniciada treinta años antes bajo la hegemonía de Estados Unidos. El desmoronamiento del sistema de Bretton Woods, la crisis de la energía, el endeudamiento del Tercer Mundo, fueron marcadas expresiones del cambio para el medio ciclo de decadencia del cual se espera que el mundo industrializado pueda salir en el transcurso de la década de los 90. Esta es una nueva confirmación de la teoría. Y esto hace creer, gracias al alineamiento de las economías industrializadas, que se pueda producir un sistema de organización de la vida económica y social muy distinto del modelo —elaborado y universalizado por Estados Unidos— sobre el cual se apoyó la Segunda Revolución Industrial.

Es posible decir que Japón es el país donde más avanzada se encuentra la elaboración de elementos capaces de integrarse en un nuevo modelo socio-tecnológico para la fase en vías de abrirse. Pero todavía no es válido hablar del modelo japonés como algo acabado. Ni está garantizado que ese eventual modelo japonés se imponga al mundo.

En verdad, hoy en el globo se distinguen tres polos que se están preparando para el futuro: Estados Unidos, Europa unificada y

Asia-Pacífico. O sea, las mismas tres áreas a las que se acostumbra atribuir vocación de megabloques comerciales. Me parece más correcto, y ciertamente más positivo, ver esos grandes espacios en vías de estructuración como laboratorios de experimentación tecnológica y social. El modelo de la Tercera Revolución va a ser posible como resultado de los esfuerzos paralelos en que están empeñados esos laboratorios. Pero sería trágico para todos que la competencia entre ellos se redujera a luchas tecno-comerciales. La humanidad estaría marchando hacia un nuevo conflicto de proporciones mundiales, y esta vez sin la garantía de ver salir de la guerra un nuevo impulso de progreso. Es de interés general combatir la idea de los megabloques. Se debe exigir de los países industrializados que el próximo paradigma técnico-social traiga en su diseño mecanismos para la solución de problemas como el subdesarrollo de grandes sectores de la población mundial o de la recuperación del medio ambiente global.

En esta perspectiva, tiene especial importancia el laboratorio de experimentación del Asia-Pacífico.

Geográficamente, la región Asia-Pacífico es apenas un fragmento de la Cuenca del Pacífico Norte. Es el margen asiático del gran océano, que desciende desde las heladas costas orientales de la Unión Soviética hasta las islas del sudeste asiático. Pensada en términos funcionales, en este momento histórico, el Asia-Pacífico es el conjunto dinámico formado por Japón; los cuatro "nuevos países industriales" (NICs) que son Singapur, Corea del Sur, Hong Kong y Taiwán; y cinco miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN): Brunei, Filipinas, Indonesia, Malasia y Tailandia (un sexto miembro, Singapur, es contado entre los NICs). A ese conjunto fue asociado—por decisión administrativa de los reformistas de Beijing— una faja de terreno con anchura media entre 200 y 300 kilómetros, a lo largo de toda la costa del Pacífico de China.

No es necesario recapitular cómo los países ya mencionados se organizaron, en la segunda mitad del siglo xx, en un conjunto funcional que representa mucho más que la aproximación geográfica de sus territorios. Aquí me ocuparé, del Asia-Pacífico ya en los años finales de la década de los 80. Y daré énfasis a dos tipos de procesos que están siendo estimulados por el dinamismo del Asia-Pacífico.

En primer lugar mencionaré la atracción perturbadora ejercida por el avance tecnológico y el progreso material del Asia-Pacífico sobre las mastodónicas estructuras de China y de la Unión Soviética.

Ya mencioné la decisión de Beijing de asociar toda una larga faja de su territorio al conjunto funcional del Asia-Pacífico, con la clara intención de ver surgir en la costa china en un plazo de veinte o treinta años, núcleos de modernización comparables a los NICs del área. Preocupaciones del mismo género ciertamente han contribuido en el lanzamiento del reformismo gorbachiano.

En el famoso discurso de Vladivostok (julio de 1986), Gorbachov insistió en que la Unión Soviética es también un país del Pacífico, y no hay duda que de ella son las más extensas costas sobre el océano en cuestión. Esas áreas litorales figuran, sin embargo, entre las menos habitadas y económicamente más frágiles de la Unión Soviética. Hacer que el remoto Oriente de la Unión Soviética se beneficie del progreso económico del Asia-Pacífico ha exigido un enorme esfuerzo de ajuste político y económico al interior de ese país. En el plano externo: la necesidad de abandonar ideas de "exaltar revolucionariamente al Este". Para comenzar a ser aceptada en el Asia-Pacífico, la Unión Soviética tuvo que desplegar la bandera de la cooperación económica y promover una política de desmantelamiento de dispositivos militares en la región. En su segundo "discurso asiático" (Krasnoiarsk, septiembre de 1988), Gorbachov trazó un verdadero programa de acción diplomática en la orientación arriba señalada y la siguió al pie de la letra. El establecimiento de relaciones diplomáticas con Corea del Sur y la intensa cooperación económica ya iniciada entre aquel país y la Unión Soviética dan testimonio de la determinación de Moscú en su búsqueda de incorporarse en el Asia-Pacífico. Y cuando aún vestigios de la Guerra Fría bloquean un entendimiento diplomático más sólido entre la Unión Soviética y Japón, ya es considerable el comercio regional entre los dos países en el área del Mar de Japón. El territorio soviético de Primor, del cual es capital Vladivostok, se va transformando rápidamente en una zona económica especial, del tipo chino.

El desarrollo económico del Asia-Pacífico se volvió un factor de paz, en la región y en el mundo. De acuerdo a lo que recalca en un reciente artículo, el profesor Hanns W. Maull establece que tras el nuevo vigor del Asia-Pacífico está el ascenso de Japón a la posición de potencia civil. Maull distingue Japón y Alemania como las primeras potencias civiles de la historia, situación a la que los dos países llegaron a través de procesos históricos específicos, pero de gran

paralelismo, puestos en marcha al finalizar la Segunda Guerra Mundial por el empeño de Estados Unidos de estructurar la economía mundial y contener el comunismo. Tanto Japón como Alemania aceptaron, en aquel entonces, renunciar a políticas de defensa autónomas. Y "ese paso monumental transformó profundamente las relaciones internacionales (...), impulsándolas en un sentido de un orden internacional creado gracias a dependencias recíprocas mutuamente aceptadas".<sup>1</sup>

El desarrollo económico del Asia-Pacífico surge, también, como componente fundamental de la transformación paradigmática que está ocurriendo en el mundo. En eso reside el segundo orden de procesos que deseo evocar, remontándome a la crisis de la energía de los años 70. Japón derrotado fue llevado a reindustrializarse según el modelo americano de la Segunda Revolución Industrial, modelo conocidamente derrochador de energía y recursos naturales. Bajo la presión de las autoridades americanas de ocupación, Tokio debió abandonar el control nacional de la base energética, abriendo las puertas del país al petróleo anglosajón. La dependencia de Japón ante la energía importada saltó del 24%, en 1955, al 90% en 1973. El petróleo representaba el 77% de esas importaciones. Cuando a fines de 1973 se cuadruplicó el precio del petróleo, una onda de pesimismo cayó sobre Japón. Los japoneses se dieron cuenta de cómo aún estaban distanciados, relativamente, del patrimonio de conocimientos y experiencias acumuladas por los países líderes de la Segunda Revolución Industrial. Se trataba de buscar una nueva gestión para el crecimiento del país.

Los japoneses recurrieron, entonces, a lo que viene siendo reconocido como la clave de su excepcional éxito industrial/comercial: la capacidad del cuerpo nacional japonés de reorganizar continuamente su ventaja comparativa en relación del resto del mundo, dotándose de nuevas posibilidades de producción y extremando la atención en la calidad y precios de sus productos. En los diversos sectores industriales, todos los recursos y aptitudes pasaron a ser focalizados en las porciones de la línea de productos en que existía la mayor demanda del mercado, y en las cuáles era también más fácil el acceso a los clientes. Esa estrategia de focalización del proceso manufacturero permite grandes ventajas de costos. A su adopción se atribuye también el desarrollo de una serie de reformas en la orga-

---

<sup>1</sup>*Foreign Affairs*, Winter, 1990/91.

nización del trabajo fabril, del que salió el hoy famoso sistema japonés, llamado "en el tiempo justo".

El esfuerzo de revisión y remodelación total de la economía, iniciado por Japón en respuesta al encarecimiento de la energía, tuvo consecuencias de alcance histórico. El objetivo central era adecuar a los nuevos precios la coherencia de la relación sustitución/demanda de la energía. Y para eso, en las condiciones de los años 70, los japoneses fueron naturalmente llevados a recurrir a tecnologías innovadoras (por ejemplo: la informática, la electrónica, la robótica), que comenzaron a florecer. Soluciones nuevas, sinérgicas, contrarias a las prácticas derrochadoras del modelo americano, comienzan a ser aplicadas en el conjunto del sistema manufacturero. Japón ve generar embriones de la Tercera Revolución Industrial.

Situada en la confluencia de los dos órdenes de procesos citados, la industria japonesa de punta adquirió carácter eminentemente civil. La constitución y reglamentación de ella derivada prohíben las armas nucleares y la exportación de armamentos. Los grandes grupos japoneses no dejan de tener subsidiarias dedicadas a la producción bélica, pero esas compañías trabajan al margen del cuerpo industrial propiamente dicho, con tecnología casi toda importada. Con todo, es un hecho que la frontera entre lo civil y lo militar se vuelve casi intangible en la producción industrial moderna y, una parte de las tensiones comerciales entre Japón y Estados Unidos en los últimos años, incluso puede ser explicada como resultado de los intentos norteamericanos de utilizar en beneficio de su industria conquistas de la industria civil japonesa, a través del concepto de la dualidad de usos de las innovaciones tecnológicas. Los industriales japoneses se resisten a tales tentativas y, aunque la resistencia de ellos responde más que nada a intereses económicos, el que ocurra es parte del impulso ya señalado en el sentido de un sistema global en que lo económico prima sobre lo militar.

La conclusión que se puede extraer de todo esto, en la perspectiva de este trabajo, es que la eventual primacía de Japón en el cuadro de la Tercera Revolución Industrial está forzosamente en función del empeño de ese país en promover la solución, en términos globales, de los problemas enormes del subdesarrollo y de la contaminación ambiental. La historia está ofreciendo a Japón una oportunidad sin precedentes de llegar a la cima del poder mundial sin usar la fuerza

de las armas. Los acontecimientos de los últimos doce meses muestran, en tanto, que Japón está siendo presionado por sus aliados de la OTAN para una mayor participación japonesa en los esquemas bélicos de aquella alianza. Me parece perfectamente lícito, así, que países no pertenecientes a la OTAN—Chile y Brasil, ¿por qué no?—nos coordinemos para que por nuestra parte estimulemos a Japón en el sentido de su misión histórica.

Pero la región Asia-Pacífico no es sólo Japón. Allí se fortalecen también los ya nombrados NICs, economías cuya evolución está llena de enseñanzas para países en la situación de Brasil y Chile. Y en esta área, las economías primario-exportadoras de los países de la ASEAN, también están buscando despegar hacia la modernización. En verdad, los mejores análisis del Asia-Pacífico en la segunda mitad de los años 80 recalcan ya haber pasado el tiempo en que Japón desempeñaba solo el papel central en la economía del borde asiático del Pacífico. Ahora crecen los eslabones de dependencia mutua entre Japón y los otros dos grupos de países del área: NICs y ASEAN. Los NICs están logrando reducir su dependencia de importaciones del Japón y exportaciones a Estados Unidos, estableciendo lazos entre sí y con la ASEAN, además de aprovechar la distensión internacional para abrirse posiciones en el Este europeo. Los países de la ASEAN, por consiguiente, se esfuerzan por disminuir su dependencia de las exportaciones de productos de base.

Esa expansión del comercio intrarregional viene siendo complementada por el verdadero salto en las inversiones regionales, en las alianzas entre firmas de la región y en los acuerdos de licencias entre las mismas. Igualmente aumentan los flujos de ayuda al desarrollo en el ámbito regional. En el centro de esos procesos gana intensidad el comercio intraindustrial, que es la marca del comercio entre economías avanzadas. Para muchos analistas, en efecto, la región Asia-Pacífico está en vías de convertirse en una relación horizontal, del tipo de la que ocurre en la Comunidad Europea.

Si los NICs y la ASEAN pudieran efectivamente contrabalancear, en conjunto, el peso de Japón en la interrelación regional del Asia-Pacífico, y si partes de China y de la Unión Soviética (algún día también los países indochinos) acaban integrándose en tal movimiento, un impulso nuevo en la faja asiática del Pacífico habrá surgido, con respecto a la inquietud de la estructura económica triangular (Japón-ASEAN-Estados Unidos) montada en el área por los nortea-

americanos a fines de 1950. El Asia-Pacífico bien podrá transformarse en la base impulsadora del próximo medio ciclo de expansión de las economías industrializadas. Es significativo verificar que una de las ideas aparentemente más provista de futuro en el Asia-Pacífico en los comienzos de los años 90, es la propuesta del Primer Ministro de Malasia, Mahathir Mohamad, para la creación de un Grupo Económico del Este Asiático (EAEG, en la sigla inglesa), en un formato que no contempla la participación de Estados Unidos. Primera vez que esto sucede en los esquemas de cooperación económica en la Cuenca del Pacífico Norte.

Como norma, en todos los esquemas integracionistas del Pacífico Norte, los malos ideólogos del EAEG han insistido en que no pretenden un bloque comercial discriminatorio de terceros. Piensan simplemente en un foro de consultas, un local de coordinación de las economías del borde asiático del Pacífico, que podrá adquirir importancia precisamente si se viene abajo el GATT y la economía mundial se inclina por los megabloques.

Para países como Chile y Brasil, hoy colocados frente al desafío de modernizar sus economías y sus estructuras sociales a fin de poder insertarse con dignidad en el siglo XXI, observar con atención los acontecimientos del Asia-Pacífico en la búsqueda de enseñanzas y de contactos mutuamente ventajosos, me parece de gran interés. En el período de elaboración paradigmática que se está abriendo para las economías industrializadas, el Asia-Pacífico aparece como el más dinámico de los tres laboratorios identificables en el mundo. Es el único donde existen, activamente envueltos en la construcción del futuro, países todavía en grado de desarrollo industrial y tecnológico compatible con las necesidades y las posibilidades de los países latinoamericanos.

Moderno y modernidad son conceptos relativos, en constante evolución. En las condiciones predominantes en el mundo, en los dos siglos que ya van de la edad industrial, ser país moderno ha significado continuamente situarse entre los países industrializados de cada momento. Y mantenerse en esa posición exige un esfuerzo permanente de actualización con la transformación tecnológica. El criterio determinante de la modernidad no es disponer de instituciones y documentos legales inspirados en los del llamado Primer Mundo. Mucho menos repetir las prácticas y usos de aquellas plagas. En los días de hoy, concretamente, moderno es el país con margen de

libertad para definir e implementar sus propios intereses en términos comparables con los de los países del Grupo de los 7.

El análisis frío de las realidades económicas y sociales de los últimos veinte años muestra que del conjunto de países que en los años 70 se definían como NICs, teóricamente a medio camino de la industrialización, solamente los del Asia-Pacífico (más particularmente Taiwán y Corea del Sur) continuaron marchando en el sentido de la real actualización con la frontera tecnológica. ¿Por qué? ¿Qué hicieron ellos que no fuera hecho por los NICs latinoamericanos?

Mi respuesta para esas preguntas es que en el paso de los años 70 a los 80, los gobiernos de los NICs asiáticos, con mayor o menor conciencia de la cambiante realidad, comenzaron a tomar distancia del modelo americano de la Segunda Revolución Industrial, modelo en extinción, pasando a impulsar sus respectivas economías en dirección del naciente paradigma.

Se puede argumentar, no sin un poco de razón, que los NICs asiáticos contaron con la ventaja de ya estar integrados en el espacio más dinámico de la elaboración paradigmática, mientras que los latinoamericanos seguimos objetivamente atados a una composición que nunca fue notable por el dinamismo de la transmisión tecnológica en el ámbito regional. No obstante, cabe recordar, que las fases históricas de transición paradigmática son momentos de libertad. La vieja partida acabó y las reglas del próximo juego todavía están en elaboración. Eso da la oportunidad para que países alertas conquisten un lugar en la mesa. En eso precisamente están empeñados los NICs asiáticos.

La propia marginalización relativa en que ha quedado la mayoría de los países latinoamericanos, frente a las tres grandes formaciones económicas hoy distinguibles en el mundo, aumenta nuestra capacidad temporal de buscar opciones. El MERCOSUR, en el cual Brasil está activamente empeñado y del cual Chile es miembro potencial e indispensable, puede ser concebido e impulsado no como simple componente de un aleatorio mercado común continental, sino como factor positivo de la organización de la economía mundial en términos multilateralistas.

En el Asia-Pacífico de hoy se está discutiendo mucho ese modelo de economía mundial multilateralista como la alternativa benéfica a la división del mundo en funestos megabloques. No se trata de desconocer la realidad de la globalización de las actividades

## ESTUDIOS INTERNACIONALES

financieras y de la producción industrial, fenómenos que son resultado de la ocupación de parte sustancial de la economía mundial por las grandes compañías transnacionales. Se trata de que países próximos entre sí por la historia y la geografía, por sus patrones de organización social o sus técnicas de producción, puedan con ventaja organizarse en formaciones político-económicas regionales. Incluso para comercializar e invertir entre los grupos creando economías de escala y mercados para sus productos, fuera de los amenazantes megabloques.